

entre mucha exageracion. En iglesias de la magnitud del Escorial el gusto greco-romano es excelente; al paso que en las de menores proporciones son mas á propósito el bizantino, ó el gótico. En esto consistió el mal, pues los imitadores, viendo que se aplaudia el gusto greco-romano, como el mas puro y correcto, y viendo lo aceptado para las grandes iglesias del Vaticano y el Escorial, quisieron hacer lo mismo en sus pequeños templos. Al efecto picaron los capiteles bizantinos y los nervios de las bóvedas, ocultaron las aristas entre pegotes de yeso sustituyéndolas con pilastras resaltadas, rompieron los arcos para hacer ventanas cuadradas ó redondas, y ocultaron el ábside elíptico por medio de grandes altarotes, llenos de dorados y follajes y de angelotes deshonestos y molletudos: la imitación servil del paganismo triunfaba hasta en los altares, y no hubo la suficiente energía por parte de las autoridades eclesiásticas para prohibir aquellas figuras desnudas, copiadas de los genios paganos. Los teólogos hallaron significaciones místicas á la desnudez de los ángeles; pero ¿no era mucho mas místico y pudoroso representarlos vestidos de ropas rozagantes, como lo habian hecho los pintores de la edad media? Los italianos traídos en su mayor parte al Escorial introdujeron esta moda, y los españoles del siglo XVII la adoptaron buenamente, generalizándose estos y otros absurdos en la pintura, cuando se depravó el buen gusto en literatura, al paso que se depravaban las costumbres. De esta manera las artes marchaban al par de las letras y la moral.

## CAPÍTULO VIII.

ESTADO DE LAS CIENCIAS ECLESIÁSTICAS EN ESPAÑA DURANTE  
ESTA ÉPOCA.

### § CCCXXX.

*Fundaciones de nuevas Universidades, Colegios y Seminarios durante el siglo XVI.*

Grande impulso recibió en España la enseñanza de las ciencias eclesiásticas en el siglo XVI. Cisneros habia fundado para ellas el Estudio de Alcalá, dotado con rentas eclesiásticas del arzobispado, en virtud de bulas pontificias para anejarle varios beneficios simples y aun curados, á su placer, y en cantidad de 500 florines de oro. Principiaban á desarrollarse al mismo tiempo las universidades de Santiago, Toledo y Sigüenza, fundadas en la segunda mitad del siglo anterior en varios colegios, erigidos por eclesiásticos. El de Santiago debia su fundacion al Arzobispo D. Alonso de Fonseca (1462): el colegio de San Antonio de Portaceli en Sigüenza al presbítero don Juan Lopez de Medina (1471), y el colegio de Santa Catalina de Toledo al maestrescuelas de aquella ciudad D. Francisco Álvarez de Toledo (1490). Aunque estos Colegios databan del siglo XV, no fueron Universidades hasta el siguiente, en que, vistos sus adelantos, recibieron facultad para conferir grados, sin lo cual no pasaban de ser Colegios. A la creacion de estos cuatro Colegios-universidades siguiéronse otras muchas durante el siglo XVI, que debe considerarse como la época del verdadero desarrollo universitario de nuestra patria. El arcediano Rodrigo Fernandez Santaella erigia su colegio-universidad en Sevilla (1509): el emperador Cárlos V la de Granada (1531): los concellers de Barcelona y los jurados de Zaragoza amplificaban los Estudios en sus respectivas ciudades, y á fines de aquel siglo, el piadoso obispo Cébuna completaba la fundacion de esta segunda ciudad, harto pobre hasta su tiempo (1583). Los Dominicos fundaban Universidades en sus conventos de Santo Tomás

de Ávila á expensas del inquisidor Torquemada y en el convento del Rosario de Almagro (1552). El venerable maestro Juan de Ávila echaba los cimientos de la universidad de Baeza (1533), ampliada luego por D. Rodrigo Lopez (1562), y san Francisco de Borja, transformado de virey en estudiante, planteaba la universidad de Gandía (1546). Cási á un mismo tiempo erigian Universidades el obispo D. Pedro Da-Costa en Osma (1550), D. Francisco Loaces en Orihuela (1555), y D. Francisco de Córdoba en Estella (1565): el arzobispo D. Gaspar Cervantes en Tarragona (1570), y finalmente el inquisidor Valdés en Oviedo (1580). En las provincias Vascongadas se habia fundado tambien anteriormente á estas el colegio-universidad de Oñate, titulado del Espíritu Santo, por D. Rodrigo Mercado (1543). Resulta pues que todas las Universidades de la Corona de Castilla, Vizcaya y Navarra son fundadas por individuos del Clero, y las de la Corona de Aragon, aunque de origen municipal, debieron igualmente sus aumentos y esplendor al Clero de aquellos países; y esto en la época misma en que la Inquisicion estaba en su apogeo, y cuando se supone que el Clero de España luchaba por ahogar al pensamiento entre sus brazos, y apagar la antorcha de la ilustracion. ¡Bravo medio era para fomentar la ignorancia el fundar Universidades! Bien es verdad, que el empirismo político de nuestros dias ha descubierto que el modo de fomentar la ilustracion es asesinar las Universidades y cerrar sus puertas á los pobres.

Al paso que se fundaban estas Universidades se erigian en ellas colegios, en que reunir á los jóvenes poco acomodados, ó deseosos de vida mas recogida; y todos aquellós eran generalmente fundados por algunos Obispos ó personas del Clero. Además del colegio mayor de San Bartolomé fundado por D. Diego de Anaya en el siglo XV<sup>1</sup> se edificaron otros tres mayores en aquella Universidad: el de Cuenca por D. Diego Ramirez de Villaescusa, obispo de esta ciudad (1500-1506): el de Oviedo por D. Diego de Muros, obispo de Oviedo (1517), y el llamado del Arzobispo, por D. Alonso de Fonseca, que lo era entonces de Santiago (1521). Erigióse por el mismo tiempo el colegio mayor, ó imperial de Santiago en Huesca, por el emperador Carlos V, mas la fundacion fue bastante barata

<sup>1</sup> Véase el § CCXVII del tomo anterior.

para aquel, pues se dotó el Colegio con las rentas del priorato de San Pedro el viejo de Huesca, antigua basilica mozárabe.

Si á estas fundaciones se agregan las noticias que tenemos reunidas de mas de cuarenta colegios fundados por Obispos, ó dignidades eclesiásticas, en varias Universidades de España, resultaria un trabajo harto pesado y prolijo. Mas no se debe omitir la observacion de que algunos de los Obispos que asistieron al concilio de Trento fundaron colegios en Salamanca y Alcalá en vez de seminarios en sus diócesis, en lo cual sin duda creyeron hallar entonces alguna ventaja y economía. D. Fernando Vellósillo, obispo de Lugo, fundó en Alcalá el colegio llamado de Lugo, poco despues de haber regresado del concilio de Trento (1569), y D. Francisco de Trujillo fundó otro en la misma Universidad (1586) para teólogos y filósofos de su obispado de Leon. Ni uno ni otro Obispo tenian aun seminario. D. Miguel Despuig, obispo de Lérida, edificó tambien en Barcelona (1559), en vez de seminario, un colegio titulado de la Concepcion, que despues se trasladó á Cervera<sup>1</sup>. Las Cortes de Madrid de 1567 y 78<sup>2</sup> excitaron á que se fundasen al tenor de lo dispuesto en el Concilio.

Las fundaciones de los Prelados de la Iglesia de España no se concretaban en materia de colegios á los estudios de las ciencias eclesiásticas: fundaron tambien algunos para artes y medicina. Entre ellos merece aun grande nombradía el de Monforte de Lemus por el cardenal D. Rodrigo de Castro (1595), fundado para el estudio de ciencias y filosofía. De este modo trabajaba la Iglesia de España en el siglo XVI por *el oscurantismo*.

### § CCCXXXI.

#### *Teólogos españoles de los siglos XVI y XVII.*

No se tendrá por orgullo y exageracion el que se diga que los teólogos españoles del siglo XVI marchaban al frente de esta ciencia en

<sup>1</sup> Villanueva: *Viaje histórico*, tomo XI, pági. 37.

<sup>2</sup> Peticion 48 de las Cortes de 1567, y 11 de las Cortes de 1578. Véase el cuadro de las fundaciones de Seminarios en el apéndice n. 4: los de Tarragona y Granada eran anteriores al concilio de Trento, y aun se dice que sus constituciones fueron tenidas en cuenta por aquellos Padres.

la Iglesia católica. Con razón pone Alzog <sup>1</sup> al frente de los teólogos de aquel tiempo al inimitable Melchor Cano, que metodizó el estudio de las fuentes teológicas, y cuyas obras incompletas nadie se atrevió á terminar. Pero Alzog, que enumera á muchos jesuitas de segundo orden, omite otros muchos teólogos dominicanos de primera línea. El célebre Francisco Vitoria era maestro de Cano y catedrático de Salamanca <sup>2</sup>. ¡Ojalá que en Cano hubieran correspondido el genio y la política á su gran saber teológico! Cierta dureza de carácter y acrimonia, quizá hipocondríaca, efecto del mucho manejo de los libros y poco trato de personas, deslucieron sus brillantes cualidades. En la cátedra de Cano sucedió en Salamanca (1552) Domingo Soto, también dominicano, que figuró en primera línea en el concilio de Trento y fue el primero que peroró en él: su autoridad era tal en las aulas, que se decía en las de España, *qui scit Sotum, scit totum*. En Soto corrían parejas la virtud y el saber. Cano y él murieron en un mismo año (1560) en el convento de San Estéban de Salamanca. No fue menos célebre Fr. Pedro Soto, del mismo instituto dominicano, á quien el Emperador sacó de su austero retiro para hacerlo confesor suyo. Dióse mucho á conocer en el extranjero por las disputas con los Protestantes y por la creación de la universidad de Dilinghen, con el favor del Emperador, en donde regentó una cátedra de teología contra los errores de los Protestantes. Pio IV le envió al Concilio como teólogo suyo, y la historia general enseña cuánto trabajó allí y cuán útil fue su influencia: de manera que los dos Sotos representaban en el concilio de Trento, Pedro al Pontífice, Domingo al Emperador, que lo había enviado. Felipe II hizo pasar á Oxford á Pedro Soto, á fin de purificar aquella Universidad de los errores de Buccero y Pedro Mártir de Angleria. A estos sábios dominicanos hay que añadir los no menos célebres teólogos de Salamanca y del mismo Instituto, Bartolomé de Medina y Domingo Banez: este segundo fue por ocho años confesor de santa Teresa, cuya pluma sirvió de alas á su gloria. Bartolomé Medina dió á luz la *Suma moral*, que lleva su nombre, formada de los extractos que el venerable Lanuza tomaba de sus lecciones.

<sup>1</sup> § 350, tomo IV, pág. 149.

<sup>2</sup> Véase el retrato de Vitoria trazado por Cano en su lib. XI de los *Lugares teológicos*.

Por los años 1544 fundó Juan III de Portugal la universidad de Coimbra. Tuvo especial cuidado de poner desde sus principios catedráticos sobresalientes. Para teología escogió por primer maestro á Martin de Ledesma, que habia hecho sus estudios en Salamanca. El hombre mas grande, el mas hermoso adorno de la Academia de Coimbra fue sin duda Francisco Suarez, que por sus altos conocimientos mereció de la Silla apostólica el dictado de *eximio doctor*. Á Salamanca debe Suarez las primeras nociones de teología, que fecundaron el fértil campo de su espíritu. Suarez trae á la memoria al sábio Pedro de Herrera, que por sus relevantes prendas fue condecorado con las mitras de Canarias, Orense, Tuy y Tarazona. Llevó por oposicion la cátedra de prima de la Universidad, y despues tuvo la de prima, que fundó el duque de Lerma para la Orden de Predicadores. Se dice que se atrevia de repente á leer cinco horas sobre materias escolásticas, y sin libro alguno glosar toda la sagrada Escritura. Sus manuscritos, que nunca se han impreso, los tenia el eximio Doctor por un tesoro. Es muy digno de saberse lo que ocurrió cuando hizo oposicion á la cátedra de prima. Tenia por contrario al doctísimo Curiel, cuyos escritos acreditan sus méritos. Lucidísimo alarde de saber hicieron los contrincantes en sus ejercicios. El juicio de la gente estaba suspenso sobre el éxito de tan gloriosa contienda. Pero al fin la llevó Herrera por catorce votos, y veinte y cuatro calidades. Suceso que hizo tanto eco dentro y fuera de España, que muchos pueblos tuvieron regocijos públicos, y el papa Clemente VIII, al saberlo, mandó escribir una carta para darle la enhorabuena. Tuvo por sucesor á Francisco de Araujo. Sus escritos, sus resoluciones morales, canónicas y civiles no dejan razon de dudar de que fue hombre lleno de virtud, ciencia y erudicion. Á pesar suyo se le elevó al obispado de Segovia; le gobernó con sabiduría y prudencia por ocho años.

Algunos de estos teólogos también habian estudiado en Alcalá, y aquella Universidad los contaba entre sus hijos <sup>1</sup>: tal sucedia con Soto y Bartolomé Medina. En Alcalá se distinguían Pedro de Fuentedueña, que asistió al concilio de Trento y que era á la vez eminente teó-

<sup>1</sup> Véase en el tomo III de la *España sagrada* la aprobacion por el P. Burriel, que con motivo de ser Florez catedrático de Alcalá, hizo una curiosa enaracion de muchas personas célebres de ella.

logo y filósofo, y Perez Ayala (D. Martin), arzobispo que fue de Valencia, autor de la preciosa obra de *Divinis traditionibus*. Pero el teólogo principal de aquella Universidad fue Pedro Ciruelo, natural de Daroca, primer caedrático de teología tomista, á quien Cisneros trajo con aquel objeto de Salamanca. Ciruelo era no solo un profundo teólogo sino tambien filósofo, matemático, geógrafo y crítico<sup>1</sup>: de todas estas materias escribió con grande acierto, y aun en el día se leen sus obras con hartó gusto. En su tratado *Contra las supersticiones* se adelantó á su siglo. Cisneros tuvo el gran mérito de conocer á todo lo mejor de su tiempo para traerlo á su naciente Universidad, y Pedro Ciruelo fue uno de los hombres que le inspiraron mayor confianza: su escasa estatura hizo que no se le escogiese para maestro de Felipe II, y en su lugar se prefirió al adusto Siliceo; quizá hubiera ganado mucho España en que no se hubiese medido á palmos el mérito y el saber.

Los estudios exegéticos prevalecieron siempre en Alcalá, como una especie de recuerdo de sus primeros trabajos para la Poliglota, y así puede decirse que las aulas de Salamanca produjeron mejores teólogos dogmáticos y moralistas; por el contrario, en Alcalá superaron los expositores escriturarios. A su vez en Salamanca jamás pudieron prevalecer los Jesuitas en aquella Universidad, ocupada por los Dominicos y Agustinos; al paso que en Alcalá prevalecian los Jesuitas. Para adquirir ascendiente en aquella enviaron allí los Jesuitas sus mejores teólogos. Valencia, Suarez, Tirso Gonzalez y casi todos los Jesuitas mas célebres de España por sus obras teológicas explicaron en aquel soberbio edificio, el mayor y mejor que poseian en España; pero en vano, pues la Universidad por contrariarles, hizo juramento de sostener la doctrina de san Agustin, segun la explicacion de santo Tomás. Así es que como los Dominicos propendian á los estudios escolásticos, y los Jesuitas á los exegéticos, cada una de estas Universidades vino á tomar uno de estos dos caractéres. De las cátedras de Alcalá salieron los escriturarios Salmeron, Tena, Montano,

<sup>1</sup> Otro tanto sucedia con algunos otros teólogos de la época, que á la vez eran filósofos profundos y matemáticos, como Cardillo Villalpando y D. Pedro de Castro, ambos caedráticos de Alcalá: D. Pedro de Castro era además excelente controversista. (Gil Gonzalez Dávila, tomo I del *Teatro eclesiástico de España*, pág. 484).

Mariana y el jesuita Gaspar Sanchez, á quien considera Calmet como el mejor de los escriturarios. Despues de treinta años de explicar humanidades, la obediencia le hizo ir á explicar Escritura en Alcalá, donde apenas dormía por tener tiempo para estudiar, aun siendo ya muy viejo. De Alcalá procedia tambien el célebre Laynez, y finalmente el último escriturario español, el jesuita Quadros, que escribió á principios del siglo XVIII, habia sido colegial verde en aquella Universidad. Entre los escriturarios españoles no se debe dejar de nombrar al célebre Fr. Luis de Leon, por todos conceptos eminente<sup>1</sup>. Tambien explicó Escritura en Salamanca el célebre jesuita Francisco Rivera, colegial mayor y caedrático de aquella Universidad, que siendo ya presbítero vistió la sotana. Comentó los libros mas difíciles de la sagrada Escritura, y escribió la vida de santa Teresa. No es de omitir de entre los teólogos célebres de la Compañía el nombre del P. Sanchez en su inmensa obra *De matrimonio*, que parece haber agotado cuanto el casuismo ha dicho en esta difícil materia. El jesuita Vazquez (Gabriel), caedrático de Alcalá, es mirado con razon como uno de los teólogos mas profundos y muy versado en la doctrina de santo Tomás. Diez tomos de comentarios escribió sobre la *Suma* y además una paráfrasis de las epístolas de san Pablo y otros muchos tratados.

No eran solamente determinados sujetos los que se dedicaban con tan brillante éxito al estudio de la teología en aquellos dos emporios de las ciencias eclesiásticas en España. Corporaciones enteras se dedicaban á trabajos profundos, y la teología llamada *Salmaticense* trabajada por los Carmelitas descalzos de aquella Universidad es una de las obras mas notables de teología escolástica y moral que posee la escuela tomista. El precioso *Compendio de teología moral* por Fr. Antonio de San José es una obra tan completa como útil y segura para la enseñanza de la teología moral en España<sup>2</sup>.

Fácil tarea seria el aumentar aquí nombres de teólogos españoles de aquella época memorable de nuestra historia. Con dolor se omite el hacer el debido elogio de los teólogos Lemos, Bañez, Álvarez,

<sup>1</sup> Véase al § CCCXI su persecucion.

<sup>2</sup> Esta obra es casi la única española que se pone ya en manos de los estudiantes de teología, y aun esta ha sido ya suplantada en muchas partes por otras extranjeras. La séptima edicion de ella se hizo en Barcelona, año de 1817.

Gonzalez de Leon y Juan de Santo Tomás, todos dominicos, Juan Alfonso Curiel, clérigo secular, el agustino Gregorio Nuñez Coronel, el Sr. Godoy, obispo de Osma, el P. Francisco Zumel, mercenario de Salamanca, los Carmelitas descalzos Fr. Domingo de la Santísima Trinidad y Fr. Liberio de Jesús, Jerónimo Prado y Juan Bautista Villalpando, comentaristas de Ezequiel, los jesuitas Juan de Pineda y Martín Antonio del Río también escriturarios, Martín Becamo, Miguel Elizalde y Tirso Gonzalez, moralistas, los dos cardenales de la Compañía, Juan de Lugo, catedrático de teología de Valladolid, que pasó á serlo á el Colegio Romano, donde Urbano VIII le honró con el birrete, sin que por eso dejara su vida pobrísima y retirada, y Alvaro Diaz de Cienfuegos, arzobispo de Monreal, que en medio de las gravísimas ocupaciones á que le destinaban el Papa y el Rey, halló tiempo para escribir algunas obras de teología é historia, Bartolomé de Ledesma Torres y Medina, D. Juan de Lezana, y otros mil, que harian interminable este catálogo si á todos los hubiéramos de citar.

§ CCCXXXII.

*Gran desarrollo de la mística.— Oratoria sagrada.*

En lo que sobresalieron también los españoles de una manera admirable durante el siglo XVI fue en la mística, lo cual da una idea del brillante estado de la moral cristiana en nuestra patria, mientras tan decaída andaba en el extranjero. Desde el siglo XV se venia explotando la imprenta. La tipografía explotada y favorecida por la Iglesia de España para la edicion de Misales y Breviarios se ocupó igualmente en la impresion de varias obras de mística: algunas de ellas son harto raras y poco conocidas. Dícese por algunos bibliógrafos <sup>1</sup> que la primera obra impresa en España (1474) fue la titulada: *Obres ó trobes en llaor de la Verge Maria*, escrita en valenciano.

<sup>1</sup> Villanueva: *Viaje histórico*, tomo II, pág. 114. Añade que habia un ejemplar en la Biblioteca de los Dominicos de Valencia.

El mismo P. Villanueva indica que la *Estaurofla* (ó camino de la Cruz) era composicion de un monje español, y no de un benedictino francés como suponen los extranjeros. El autor del *Combate espiritual* fue igualmente el P. Juan de Castañiza, benedictino de Salamanca.

San Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja, santa Teresa de Jesús y Fr. Luis de Granada son escritores ascéticos de primer orden, y cuyas obras se han generalizado en todos los países católicos por lo que pertenecen á la historia general. Fr. Luis de Granada, excelente orador y teólogo, era un escritor fecundo. La *Guia de pecadores* y la *Introduccion al simbolo de la fe*, son obras muy útiles y conocidas; pero las mas generalizadas de todas son su *Tratado de oracion y meditacion sobre el fin del hombre* y los *Novisimos* para los siete dias de la semana y las otras siete sobre la pasion de Cristo para la tarde. El papa Gregorio XIII solia decir que hacia mas milagros Fr. Luis de Granada con sus escritos, que si resucitara muertos y diera vista á los ciegos. Su lenguaje es lo mas castizo que hay en nuestra lengua: el estilo es generalmente claro y limpio; pero la elegancia, á la cual se eleva muchas veces, tiene cierto sabor ciceroniano, que parece algo afectado en nuestra lengua. Con buen deseo hizo el Sr. Climent en el siglo pasado una edicion de su *Retórica*, en obsequio de los que se dedicasen al púlpito, y aun concedió indulgencias á los que por ella estudiasen, pero era sustituir un mal á otro; el amaneramiento retórico á la pedantería dislocada.

Al lado de las obras de mística de Fr. Luis de Granada vienen los *Ejercicios espirituales* del P. Rodriguez, jesuita, obra sumamente apreciada por todos los estudiosos de nuestra ascética. Tanto esta como algunos otros de los tratados de su tiempo, dan reglas precisamente para el hombre que se ha retirado al claustro, mas no para los seglares que se han de dirigir á Dios en medio del tráfigo del mundo. Los escritores místicos de aquel tiempo, en el exclusivismo por el claustro, son comparables á los poetas de la misma época, que solo hallaban la felicidad temporal en la vida del campo y en el pastoreo. Unos y otros parece que pretenden aislar al hombre completamente y llevarle á la vida especulativa, sin tener en cuenta el contrapeso de la práctica: todo á María y nada á Marta.

Las *Meditaciones* de los PP. Luis de la Puente y Villacastin, ambos jesuitas, comparten la popularidad con las de Fr. Luis de Granada, y tienen la ventaja de ser mas fáciles, breves, y al alcance de la multitud; pues las de aquel exigen dos horas de meditacion continuada, como él mismo pide en sus advertencias preliminares. Para la gente que gusta de casos estupendos, milagros y narraciones ter-